

El Peregrino

Vuelves otra vez. Ya no hay lugar del viento donde tu pecho no haya suspirado.

Huellas que los ángeles reconocen, vacíos desesperados que en la noche

la sombra ocupa endureciendo su espanto.

Antes las golondrinas se refugiaban donde tú habías dejado una sonrisa. (...)

Ahora toda la oscuridad se te ha cerrado.

Golpeas en la noche como en la espalda

de un silencio inconmovible.

Hombre: !Qué duro alerta olvidó escuchar tu deseo
antes de comenzar! Se te niega el mundo.

Detrás de sus muros apagados
mueren sin cantores los ocasos fértiles.

Lunas, levantes de brisas vírgenes y barcos
hacia las islas taciturnas: todo está cerrado.

Lisa, impenetrable, dura

la noche pone su ventosa sobre el plano terrestre,
dejando tu soledad sorda. !Grita!



!Grita!

Pero no hay posada.

Eres peregrino. Vas entre sangre
poniendo el pie, buscando donde esquivar
las heridas diseminadas, las bocas,
los helados gritos que reposan bajo la guerra.
El cordón de los astros castiga tu flanco.
Esta luz hiere el seno. Llaga el cilicio
vesperal. Toda sombra yace
Tú prosigues.



Tú, peregrino
eterno, andante, no tendrás descanso aquí.
Esta vez el sol no cae con su cansada barba
roja.

Ha sido detenido para la batalla,
y la sombra de su espalda hercúlea aplasta
el movimiento de la noche,
el fino silencio de los aires maternos
Donde reclina su tránsito la Paz.

Pablo Antonio Cuadra (Nicaragua, 1912)

